

**Jorge Luis Borges**

## **Poema de los dones**

---

Nadie rebaje a lágrima o reproche  
Esta declaración de la maestría  
De Dios, que con magnífica ironía  
Me dio a la vez los libros y la noche.

De esta ciudad de libros hizo dueños  
A unos ojos sin luz, que sólo pueden  
Leer en las bibliotecas de los sueños  
Los insensatos párrafos que ceden

Las albas a su afán. En vano el día  
Les prodiga sus libros infinitos,  
Arduos como los arduos manuscritos  
Que perecieron en Alejandria.

De hambre y de sed (narra una historia griega)  
Muere un rey entre fuentes y jardines;  
Yo fatigo sin rumbo los confines  
De esa alta y honda biblioteca ciega.

Enciclopedias, atlas, el Oriente  
Y el Occidente, siglos, dinastías,  
Símbolos, cosmos y cosmogonías  
Brindan los muros, pero inútilmente.

Lento en mi sombra, la penumbra hueca  
Exploro con el báculo indeciso,  
Yo, que me figuraba el Paraíso  
Bajo la especie de una biblioteca.

Algo, que ciertamente no se nombra  
Con la palabra *azar*, rige estas cosas;  
Otro ya recibió en otras borrosas  
Tardes los muchos libros y la sombra.

Al errar por las lentas galerías  
Suelo sentir con vago horror sagrado  
Que soy el otro, el muerto, que habrá dado  
Los mismos pasos en los mismos días.

¿Cuál de los dos escribe este poema  
De un yo plural y de una sola sombra?

¿Qué importa la palabra que me nombra  
si es indiviso y uno el anatema?

Groussac o Borges, miro este querido  
Mundo que se deforma y que se apaga  
En una pálida ceniza vaga  
Que se parece al sueño y al olvido.

(De «El Hacedor»)

## El reloj de arena

---

Está bien que se mida con la dura  
Sombra que una columna en el estío  
Arroja o con el agua de aquel río  
En que Heráclito vio nuestra locura

El tiempo, ya que al tiempo y al destino  
Se parecen los dos: la imponderable  
Sombra diurna y el curso irrevocable  
Del agua que prosigue su camino.

Está bien, pero el tiempo en los desiertos  
Otra substancia halló, suave y pesada,  
Que parece haber sido imaginada  
Para medir el tiempo de los muertos.

Surge así el alegórico instrumento  
De los grabados de los diccionarios,  
La pieza que los grises anticuarios  
Relegarán al mundo ceniciento

Del alfil desaparejo, de la espada  
Inerme, del borroso telescopio,  
Del sándalo mordido por el opio  
Del polvo, del azar y de la nada.

¿Quién no se ha demorado ante el severo  
Y tétrico instrumento que acompaña  
En la diestra del dios a la guadaña  
Y cuyas líneas repitió Dürero?

Por el ápice abierto el cono inverso  
Deja caer la cautelosa arena,  
Oro gradual que se desprende y llena  
El cóncavo cristal de su universo.

Hay un agrado en observar la arcana  
Arena que resbala y que declina  
Y, a punto de caer, se arremolina  
Con una prisa que es del todo humana.

La arena de los ciclos es la misma  
E infinita es la historia de la arena;  
Así, bajo tus dichas o tu pena,  
La invulnerable eternidad se abisma.

No se detiene nunca la caída  
Yo me desangro, no el cristal. El rito  
De decantar la arena es infinito  
Y con la arena se nos va la vida.

En los minutos de la arena creo  
Sentir el tiempo cósmico: la historia  
Que encierra en sus espejos la memoria  
O que ha disuelto el mágico Leteo.

El pilar de humo y el pilar de fuego,  
Cartago y Roma y su apretada guerra,  
Simón Mago, los siete pies de tierra  
Que el rey sajón ofrece al rey noruego,

Todo lo arrastra y pierde este incansable  
Hilo sutil de arena numerosa.  
No he de salvarme yo, fortuita cosa  
De tiempo, que es materia deleznable.

## Los espejos

---

Yo que sentí el horror de los espejos  
No sólo ante el cristal impenetrable  
Donde acaba y empieza, inhabitable,  
un imposible espacio de reflejos

Sino ante el agua especular que imita  
El otro azul en su profundo cielo  
Que a veces raya el ilusorio vuelo  
Del ave inversa o que un temblor agita

Y ante la superficie silenciosa  
Del ébano sutil cuya tersura  
Repite como un sueño la blancura  
De un vago mármol o una vaga rosa,

Hoy, al cabo de tantos y perplejos  
Años de errar bajo la varia luna,  
Me pregunto qué azar de la fortuna  
Hizo que yo temiera los espejos.

Espejos de metal, enmascarado  
Espejo de caoba que en la bruma  
De su rojo crepúsculo disfuma  
Ese rostro que mira y es mirado,

Infinitos los veo, elementales  
Ejecutores de un antiguo pacto,  
Multiplicar el mundo como el acto  
Generativo, insomnes y fatales.

Prolongan este vano mundo incierto  
En su vertiginosa telaraña;  
A veces en la tarde los empaña  
El hálito de un hombre que no ha muerto.

Nos acecha el cristal. Si entre las cuatro  
Paredes de la alcoba hay un espejo,  
Ya no estoy solo. Hay otro. Hay el reflejo  
Que arma en el alba un sigiloso teatro.

Todo acontece y nada se recuerda  
En esos gabinetes cristalinos  
Donde, como fantásticos rabinos,  
Leemos los libros de derecha a izquierda.

Claudio, rey de una tarde, rey soñado,  
No sintió que era un sueño hasta aquel día  
En que un actor mimó su felonía  
Con arte silencioso, en un tablado.

Que haya sueños es raro, que haya espejos,  
Que el usual y gastado repertorio  
De cada día incluya el ilusorio  
Orbe profundo que urden los reflejos.

Dios (he dado en pensar) pone un empeño  
En toda esa inasible arquitectura  
Que edifica la luz con la tersura  
Del cristal y la sombra con el sueño.

Dios ha creado las noches que se arman  
De sueños y las formas del espejo  
Para que el hombre sienta que es reflejo  
Y vanidad. Por eso nos alarman.

# La luna

---

Cuenta la historia que en aquel pasado  
Tiempo en que sucedieron tantas cosas  
Reales, imaginarias y dudosas,  
Un hombre concibió el desmesurado

Proyecto de cifrar el universo  
En un libro y con ímpetu infinito  
Erigió el alto y arduo manuscrito  
Y limó y declamó el último verso.

Gracias iba a rendir a la fortuna  
Cuando al alzar los ojos vio un bruñido  
Disco en el aire y comprendió, aturdido,  
Que se había olvidado de la luna.

La historia que he narrado aunque fingida,  
Bien puede figurar el maleficio  
De cuantos ejercemos el oficio  
De cambiar en palabras nuestra vida.

Siempre se pierde lo esencial. Es una  
Ley de toda palabra sobre el numen.  
No la sabrá eludir este resumen  
De mi largo comercio con la luna.

No sé dónde la vi por vez primera,  
Si en el cielo anterior de la doctrina  
Del griego o en la tarde que declina  
Sobre el patio del pozo y de la higuera.

Según se sabe, esta mudable vida  
Puede, entre tantas cosas, ser muy bella  
Y hubo así alguna tarde en que con ella  
Te miramos, oh luna compartida.

Más que las lunas de las noches puedo  
Recordar las del verso: la hechizada  
*Dragon moon* que da horror a la halada  
Y la luna sangrienta de Quevedo.

De otra luna de sangre y de escarlata  
Habló Juan en su libro de feroces  
Prodigios y de júbilos atroces;  
Otras más claras lunas hay de plata.

Pitágoras con sangre (narra una  
Tradición) escribía en un espejo  
Y los hombres leían el reflejo  
En aquel otro espejo que es la luna.

De hierro hay una selva donde mora  
El alto lobo cuya extraña suerte  
Es derribar la luna y darle muerte  
Cuando enrojecza el mar la última aurora.

(Esto el Norte profético lo sabe  
Y tan bien que ese día los abiertos  
Mares del mundo infestará la nave  
Que se hace con las uñas de los muertos.)

Cuando, en Ginebra o Zürich, la fortuna  
Quiso que yo también fuera poeta,  
Me impuse. como todos, la secreta  
Obligación de definir la luna.

Con una suerte de estudiosa pena  
Agotaba modestas variaciones,  
Bajo el vivo temor de que Lugones  
Ya hubiera usado el ámbar o la arena,

De lejano marfil, de humo, de fría  
Nieve fueron las lunas que alumbraron  
Versos que ciertamente no lograron  
El arduo honor de la tipografía.

Pensaba que el poeta es aquel hombre  
Que, como el rojo Adán del Paraíso,  
Impone a cada cosa su preciso  
Y verdadero y no sabido nombre,

Ariosto me enseñó que en la dudosa  
Luna moran los sueños, lo inasible,  
El tiempo que se pierde, lo posible  
O lo imposible, que es la misma cosa.

De la Diana triforme Apolodoro  
Me dejó divisar la sombra mágica;  
Hugo me dio una hoz que era de oro,  
Y un irlandés, su negra luna trágica.

Y, mientras yo sondeaba aquella mina  
De las lunas de la mitología,  
Ahí estaba, a la vuelta de la esquina,  
La luna celestial de cada día

Sé que entre todas las palabras, una  
Hay para recordarla o figurarla.  
El secreto, a mi ver, está en usarla  
Con humildad. Es la palabra luna.

Ya no me atrevo a macular su pura  
Aparición con una imagen vana;  
La veo indescifrable y cotidiana  
Y más allá de mi literatura.

Sé que la luna o la palabra *luna*  
Es una letra que fue creada para  
La compleja escritura de esa rara  
Cosa que somos, numerosa y una.

Es uno de los símbolos que al hombre  
Da el hado o el azar para que un día  
De exaltación gloriosa o de agonía  
Pueda escribir su verdadero nombre.

## La lluvia

---

Bruscamente la tarde se ha aclarado  
Porque ya cae la lluvia minuciosa.  
Cae o cayó. La lluvia es una cosa  
Que sin duda sucede en el pasado.

Quien la oye caer ha recobrado  
El tiempo en que la suerte venturosa  
Le reveló una flor llamada *rosa*  
Y el curioso color del colorado.

Esta lluvia que ciega los cristales  
Alegrará en perdidos arrabales  
Las negras uvas de una parra en cierto

Patio que ya no existe. La mojada  
Tarde me trae la voz, la voz deseada,  
De mi padre que vuelve y que no ha muerto.

## Arte poética

---

Mirar el río hecho de tiempo y agua  
Y recordar que el tiempo es otro río,

Saber que nos perdemos como el río  
Y que los rostros pasan como el agua.

Sentir que la vigilia es otro sueño  
Que sueña no soñar y que la muerte  
Que teme nuestra carne es esa muerte  
De cada noche, que se llama sueño.

Ver en el día o en el año un símbolo  
De los días del hombre y de sus años,  
Convertir el ultraje de los años  
En una música, un rumor y un símbolo,

Ver en la muerte el sueño, en el ocaso  
Un triste oro, tal es la poesía  
Que es inmortal y pobre. La poesía  
Vuelve como la aurora y el ocaso.

A veces en las tardes una cara  
Nos mira desde el fondo de un espejo;  
El arte debe ser como ese espejo  
Que nos revela nuestra propia cara.

Cuentan que Ulises, harto de prodigios,  
Lloró de amor al divisar su Itaca  
Verde y humilde. El arte es esa Itaca  
De verde eternidad, no de prodigios.

También es como el río interminable  
Que pasa y queda y es cristal de un mismo  
Heráclito inconstante, que es el mismo  
Y es otro, como el río interminable.